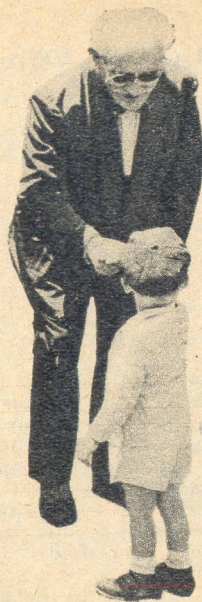


# TOSCANINI

## en quince anécdotas



UNO de los numerosos autores que se sintieron atraídos por la fascinante figura de Arturo Toscanini dió de él la definición siguiente: "Es el hombre de las paradojas".

Y justificaba así esta expresión:

"Director de orquesta puntilloso, al cantar da notas en falso. Detesta la música moderna y adora a Debussy y a Ravel. Violento, es tierno con los suyos. Orgullosa, es modesto con los compositores que interpreta. Dictatorial y tiránico, nunca ha dejado de luchar por la libertad. Octogenario, tiene la vitalidad de un joven..."

El modo como el célebre maestro se retiró hace algunos años de su carrera artística, permite añadir dos nuevos rasgos a este retrato: escogió para "final" de esa carrera un "preludio" (el del primer acto de los "Maestros Cantores") y quien había causado tantos escándalos con sus reflexiones, abandonó la batuta sin decir una palabra.

—oOo—

El viejo maestro estuvo vacilando mucho tiempo antes de abandonar lo que había constituido toda su vida, la música. Hace algunos años cuando sufría de una grave afección a la rodilla, los médicos le aconsejaron que se retirara; o, si quería seguir en el atril directorial, dirigiese sentado. Toscanini les dijo:

—Seguiré haciéndolo de pie, y me retiraré cuando sea viejo! Pero como la música, los directores de orquesta nunca envejecen!

Finalmente, cuando cumplía los 87 años, se decidió a escribir al presidente de la Asociación de una agrupación sinfónica dirigida des-

Así la orquesta podría tal vez ir acorde con usted.

—oOo—

A otra cantante célebre que rehusa seguir sus instrucciones, le hace el pequeño discurso siguiente: —Si tuviese usted en la cabeza lo que tiene ahí (y señalaba los opulentos senos de la dama) sería usted seguramente una gran artista!

—oOo—

Durante un ensayo, llama al orden a una cantante de fama mundial que se toma demasiadas libertades con la partitura.

—Maestro, le replica con altivez la actriz, a usted le toca seguirme a mí, que soy la estrella.

—Signorina —contesta Toscanini— las estrellas están en el cielo. Aquí, no somos más que artistas, buenos o malos. Y usted es de las malas. ¡Que me traigan pronto otra soprano!

—oOo—

Así como siempre se negó a besar las grandes arias tradicionales. ("Si el autor hubiese querido que se cantasen varias veces lo hubiera anotado en la partitura") así también exigió siempre que los cantantes respetasen el compás. Tenía horror a esa "hazaña" que consiste en prolongar una nota mientras lo permite el aliento. El célebre tenor Caruso lo aprendió a su costa. En una función de gala, éste se dejó llevar de sus portentosas facultades, pero la voz del maestro resonó, rotante: ¡Vamos, Caruso! ¡Ya ha terminado!

había sacrificado magníficos contratos para participar en el Festival, y que además, había sido el propio Toscanini quien había insistido en que viniese, exclamó furioso:

—¿A quién prefieren ustedes, a este hombre o a Wagner?

—oOo—

Toscanini nunca quiso enseñar música a sus hijos.

—¡Ah, no! Decía a quienes se extrañaban de esta decisión. Frecuentemente tengo que soportar a la fuerza a aficionados de segundo orden. ¡Si tuviese que encontrármelos en casa, sería el infierno!

—oOo—

"Asesinos" era el insulto menos violento que lanzaba a sus músicos. Estos (que le apodaban "el canibal") todo lo encajaban sin decir una palabra. Sin embargo, un día, decidieron enviar a una delegación a quejarse al director.

—Todas las injurias que ustedes me citan, no tienen gran importancia. Si supiesen ustedes cómo me tratan a mí...

—oOo—

Cuando supo que los músicos de la Scala de Milán iban a fundar un sindicato, Toscanini les sugirió con una sonrisa:

—Debían ustedes poner al comienzo de sus estatutos el artículo siguiente: "La orquesta debe siempre seguir el compás", porque hoy, ustedes han estado verdaderamente fatales.

—oOo—

Partiendo del principio de que "los buenos directores de orquesta tienen la partitura en la cabeza y que los demás tienen la cabeza en la partitura" siempre dirigió de memoria. Y así, la noche en que un trombón le comunicó con aire afligido que la nota más baja de su instrumento no funcionaba, cerró los ojos, reflexionó unos instantes y dijo:

—Tranquílícese usted; esta nota no figura en los fragmentos que componen el programa de hoy.

—oOo—

Su amor por la libertad hizo que abandonase la Italia mussoliniana, donde se había negado obstinadamente a interpretar "Giovinezza", el himno fascista.

—Esto no es música —le dijo al Duce que le había llamado. Mándelo usted interpretar donde usted quiera, en la plaza frente al teatro, pero no en la Scala. ¡La Scala no es un merendero!

—oOo—

Nunca supo disfrazar sus sentimientos. Renunció ir a Salzburgo cuando supo que asistiría Furtwaengler, diciendo: "No me gustan esas gentes que comen con los judíos en Londres y que doblan el espinazo ante Hitler en Berlín."

También se mostró brutal con Richard Strauss: —Como compositor —le dijo— me quito ante usted el sombrero; pero ante el hombre, me encaqueté otros diez...

UNO de los numerosos autores que se sintieron atraídos por la fascinante figura de Arturo Toscanini dió de él la definición siguiente: "Es el hombre de las paradojas".

Y justificaba así esta expresión:

"Director de orquesta puntilloso, al cantar da notas en falso. Detesta la música moderna y adora a Debussy y a Ravel. Violento, es tierno con los suyos. Orgulloso, es modesto con los compositores que interpreta. Dictatorial y tiránico, nunca ha dejado de luchar por la libertad. Octogenario, tiene la vitalidad de un joven..."

El modo como el célebre maestro se retiró hace algunos años de su carrera artística, permite añadir dos nuevos rasgos a este retrato: escogió para "final" de esa carrera un "preludio" (el del primer acto de los "Maestros Cantores") y quien había causado tantos escándalos con sus reflexiones, abandonó la batuta sin decir una palabra.

—oOo—

El viejo maestro estuvo vacilando mucho tiempo antes de abandonar lo que había constituido toda su vida, la música. Hace algunos años cuando sufría de una grave afección a la rodilla, los médicos le aconsejaron que se retirara; o, si quería seguir en el atril directorial, dirigiese sentado. Toscanini les dijo:

—Seguiré haciéndolo de pie, y me retiraré cuando sea viejo! Pero como la música, los directores de orquesta nunca envejecen!

Finalmente, cuando cumplía los 87 años, se decidió a escribir al presidente de la Asociación de la NBC cuya agrupación sinfónica dirigía desde hacía algunos años: "Ha llegado, por fin, para mí, el triste momento en que debo decir adiós a mi orquesta".

Ahora que Toscanini ha muerto ya no veremos más su pequeña silueta (medía 1 m. 53) agitar una batuta que parecía mágica por la manera que tenía de elevar a sus músicos sobre sí mismos. Ya no veremos más sus terribles cóleras durante las cuales pisoteaba su reloj, desgarraba su camisa y se mordía la mano.

Pero en todos los países del mundo se seguirán contando las innumerables anécdotas que jalonaaron su extraordinaria carrera y repitiendo sus "palabras". Por esto, como homenaje al prestigioso director de orquesta desaparecido, hemos recogido unas cuantas anécdotas tuyas, a manera de ramillete que nunca se mustiará...

—oOo—

Se está ensayando una ópera. La cantante que interpreta el papel principal canta con pasión pero da una nota en falso. Vuelta a empezar. Una vez, otra y otra, pero cada vez sale peor. Entonces Toscanini dice a la diva en un tono feroz: —¿Sería mucho pedirle, señora, que nos diese su "la"?

Así la orquesta podría tal vez ir acorde con usted.

—oOo—

A otra cantante célebre que rehusa seguir sus instrucciones, le hace el pequeño discurso siguiente: —Si tuviese usted en la cabeza lo que tiene ahí (y señalaba los opulentos senos de la dama) sería usted seguramente una gran artista!

—oOo—

Durante un ensayo, llama al orden a una cantante de fama mundial que se toma demasiadas libertades con la partitura.

—Maestro, le replica con altivez la actriz, a usted le toca seguirme a mí, que soy la estrella.

—Signorina —contesta Toscanini— las estrellas están en el cielo. Aquí, no somos más que artistas, buenos o malos. Y usted es de las malas. ¡Que me traigan pronto otra soprano!

—oOo—

Así como siempre se negó a besar las grandes arias tradicionales. ("Si el autor hubiese querido que se cantasen varias veces lo hubiera anotado en la partitura") así también exigió siempre que los cantantes respetasen el compás. Tenía horror a esa "hazaña" que consiste en prolongar una nota mientras lo permite el aliento. El célebre tenor Caruso lo aprendió a su costa. En una función de gala, éste se dejó llevar de sus portentosas facultades, pero la voz del maestro resonó, potente: Vamos, Caruso ¿ya ha terminado?

—oOo—

Durante la primera guerra mundial, en un concierto dado en Roma a beneficio de los soldados italianos, estaba interpretando una marcha fúnebre de Wagner. El auditorio, extrañado por la elección de esta obra, empezó a gritar: —¿Estáis rindiendo homenaje a nuestros muertos o a Alemania?

—Interpreto la música de calidad, replicó Toscanini, furioso, pero no quiero hacerlo antes unos años como vosotros.

Y arrojando la batuta, abandonó la sala.

—oOo—

Su admiración por Wagner era total. Por esto sintió gran satisfacción cuando tuvo que dirigir los "Maestros Cantores" en Beyruth. Había pedido que se contratase a un célebre barítono, el cual para esta ocasión había anulado todos sus restantes compromisos. Pero al cabo de algunos ensayos, Toscanini declaró que no podía soportar a ese cantante.

Como se le hiciese notar que el desgraciado

—oOo—  
Cuando supo que los músicos de la Scala de Milán iban a fundar un sindicato, Toscanini les sugirió con una sonrisa:

—Debian ustedes poner al comienzo de sus estatutos el artículo siguiente: "La orquesta debe siempre seguir el compás", porque hoy, ustedes han estado verdaderamente fatales.

—oOo—

Partiendo del principio de que "los buenos directores de orquesta tienen la partitura en la cabeza y que los demás tienen la cabeza en la partitura" siempre dirigió de memoria. Y así, la noche en que un trombón le comunicó con aire afligido que la nota más baja de su instrumento no funcionaba, cerró los ojos, reflexionó unos instantes y dijo:

—Tranquílcese usted; esta nota no figura en los fragmentos que componen el programa de hoy.

—oOo—

Su amor por la libertad hizo que abandonase la Italia mussoliniana, donde se había negado obstinadamente a interpretar "Giovinezza", el himno fascista.

—Esto no es música —le dijo al Duce que le había llamado. Mándelo usted interpretar donde usted quiera, en la plaza frente al teatro, pero no en la Scala. ¡La Scala no es un merendero!

—oOo—

Nunca supo disfrazar sus sentimientos. Renunció ir a Salzburgo cuando supo que asistiría Furtwaengler, diciendo: "No me gustan esas gentes que comen con los judíos en Londres y que doblan el espinazo ante Hitler en Berlín."

También se mostró brutal con Richard Strauss:

—Como compositor —le dijo— me quito ante usted el sombrero; pero ante el hombre, me encasqueté otros diez...

—oOo—

Se había fijado como norma el no ver a nadie durante los entre actos. En Viena, hizo transmitir a rey Fernando de Bulgaria que insistía en felicitarlo, estas palabras:

—Ni por un rey, hago excepción a mis principios.

En Londres, en 1939, se excusó ante el rey Jorge VI. que le había llamado al palco real, diciendo: "No puedo romper mi concentración musical ni siquiera por un soberano..."

—oOo—

Dos ejemplos darán una idea, por último, de la modestia del gran director de orquesta. Al terminar una función de gala, le obsequiaron unas flores que devolvió diciendo:

—Las flores son buenas para una prima donna o para un muerto. No soy ni una cosa ni otra.

Y a quienes le cubrían de alabanzas, muchas veces les dijo:

—No soy un genio. Nada he creado. Interpreto solamente la música de los demás.